

porque, sino, no se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificación; vános desbastando, acepillando y labrando para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así, cuanto uno mas se fuere mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando uno estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios, es el mayor y mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios; porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese á sí mismo; en los otros sacrificios y mortificaciones, mortificase uno en parte, en la templanza ó en la modestia, en el silencio ó en la paciencia, ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo á Dios para que haga de él todo lo que quisiere y cuando quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí; y así, cuanto vá del hombre á las cosas del hombre, y cuanto va del todo á la parte, tanto vá de este sacrificio á los demas sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros: "Hijo, dame tu corazon (1)." Así como el azor real no se ceba sino de corazones, así Dios, lo que mas aprecia y estima es el corazon, y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podreis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si á nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta á hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfe-

(1) Pracho, III ml, cor tuorum. Prov, XXIII, 26.

cho este nuestro pequeñuelo corazon con menos que Dios; ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él y reservando parte para vos? Muy engañado estais, que no es nuestro corazon para poderle dividir ni repartir de esa manera: "Cama pequeña y estrecha es el corazon," dice el Profeta Isaías (1); no cabe en él mas que Dios, y por eso (2) le llama la Esposa camilla pequeña, diciendo: "En mi camilla busqué todas las noches al que amaba mi alma (3)," porque tenia su corazon estrechado de tal manera que en él no cabia otro que su Esposo. Y el que quisiere estender y dilatar su corazon para dar en él lugar á otro, echará á Dios de él. Y de eso se queja Su Magestad por Isaías: "Adulterado habeis, recibiendo en la cama de vuestro corazon á otro que á vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero descubris y echais fuera á Dios (4)." Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer á Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos á tan gran Señor.

Lo cuarto, como deciamos al principio (5), quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfeccion que consiste en esa caridad y amor. Lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir, porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras, dice San Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las

(1) Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat, et pallium breve utrumque operire non potest. *Isai. XXVIII, 20.*

(2) Gilibert. Abbas, *serm. 2, in Cantica, apud Bernardum.*

(3) In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea. *Cant. III, 1.*

(4) Quia juxta me discooperuisti, et suscepisti adulterum, dilatasti cubile tuum, et pepigisti cum eis fœdus. *Isai. LVII, 8.*

(5) Cap. I.

obras (1). Y cuanto las obras son mas dificultosas y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor. Y así el Apóstol y Evangelista San Juan, queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia á su Padre Eterno, de lo primero dice: "Fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su Unigénito Hijo (2)," para que padeciese y muriese por nosotros, Y de lo segundo, dice el mismo Cristo: "Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí (3)": el negocio á que iba era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo que amaba á su Padre, en que cumplia su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor, y tanto mas cuanto las obras son mayores y mas trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros, porque presupone una perfectísima mortificación y resignacion, con la cual se ofrece uno á Dios y se pone uno en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y así no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le dá y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podia tener y desear, y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.



CAPITULO IV.

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare á tener esta conformidad

(1) Probatio dilectionis, exhibitio est operis. *Greg. hom. 30 in Evang.*

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. *Joann. III, 16.*

(3) Ut canoseat mundus, quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic feci, surgito, *eamus hinc. Joann. XIV, 31.*

entera con la voluntad de Dios tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra, gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpétua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: "No está la bienaventuranza de esta vida en comer, y beber, y darse á pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo (1)." Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes á los bienaventurados; porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, así acá los que han llegado á esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan, ni turban con las mudanzas de esta vida, ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazon tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano y que se cumple en ello con la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozos y los desconuelos en alegría, porque mas quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, á estos tales no hay cosa que les pueda perturbar; porque si lo que les podia turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por

(1) Non est regnum Dei esca, et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. *Ad Rom. XVII, 14.*

particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpétua con que leemos que andaban siempre aquellos Santos antiguos; un San Antonio, un Santo Domingo, un San Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro P. S. Ignacio (1), y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecian de trabajos aquellos Santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Si por cierto, y mas dificultosos que por nosotros; porque á los mas Santos les suele Dios probar y ejercitar mas con semejantes cosas. Pues ¿cómo estaban siempre en un mismo ser, con un mismo semblante, con una serenidad y alegría interior y exterior que siempre parece que era Pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habian llegado á tener una conformidad entera con la voluntad de Dios y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella; asi todo se les convertia en contento; que “á los que aman á Dios, todo se les convierte en bien (2),” y “no se contristarán el justo por cosa que le suceda (3).” El trabajo, la tentacion y la mortificacion, todo se les convertia en gozo, porque entendian que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habian alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y asi andaban como en gloria. Dice muy bien á este propósito Santa Catalina de Sena (4) que los justos son como Cristo nuestro Redentor, el

(1) Lib. 3, cap. 5, vitæ S. P. N. Ignatii.
(2) Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. Ad Rom. VIII, 28.
(3) Non contristabit justum quicquid ei acciderit. Matth. XII, 21.
(4) S. Catalina de Sena en los Diálogos,

cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenia muchos dolores y penas. Asi los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades, porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Está es una perfeccion tan alta y tan aventajada, que dice el Apóstol que sobrepuja todo sentido: “La paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Cristo Jesus (1).” Dice que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por si solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso á la maravilla de la zarza que vió Moisés que se ardia y no se quemaba (2); y al milagro de aquellos tres mancebos que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros alabando á Dios. Esto es lo que el Santo Job, hablando con Dios, decia: “Maravillosamente, Señor, me atormentais (3);” dando á entender, por una parte, el trabajo y dolor grande que padecia, y por otra, el gusto y contento grande que tenia en padecerle, por ser aquella voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano (4) que, estando un santo viejo en Alejandria cercado de grande muchedumbre de infieles que le decian maldiciones, él estaba en medio de ellos, como un cordero, sufriendo y callando con grande

(1) Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras, in Christo Jesu. Ad Phil. IV, 7.
(2) Exod. III, 2.
(3) Mirabiliter me crucias. Job. X, 16.
(4) Collat. 12, c. 13.

quietud de corazón. Escarnecian de él, dábanle golpes y empellones, y hacíanle otras gravísimas injurias; y entre otras cosas le dijeron con escarnio: “¿Qué milagros ha hecho Jesucristo?” Respondió: “Los milagros que ha hecho son que, estando sufriendo las injurias que me haceis y otras mayores que fuesen, no me indigne, ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión.” Esta es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfeccion.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae San Agustin en muchos lugares (1), que es de tan grande altura que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar allá, porque está tan alto que sobrepuja esta primera region del aire y llega á la segunda; y asi está allí el aire tan puro y delicado que no se pueden engendrar, ni sustentar en él las nubes, que habian menester aire mas denso. Y por la misma razon no se pueden tener allí las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí; porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subian allá de año en año á hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas á las narices pudiesen condensar el aire y asi respirar. Estos escribian allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habian dejado, lo cual no pudiera ser si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfeccion á que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios. *Nubes excedit Olympus, et pacem summam tenet.* Hânse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una

(1) Nubes excedit Olympus. Aug. lib. de Gen. ad lit. en el Imperfecto, c. 13; et l. 4, c. 2; et l. 1. de Gen. contra Manicheos, c. 15.—Luc. lib. 2 Pharsal.

paz tan grande que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá, ni aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegría de su corazón.

San Agustin, sobre aquellas palabras: “Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (1),” dice que por eso llama Cristo nuestro Redentor á los pacíficos bienaventurados é hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista ni contradiga á la voluntad de Dios; sino en todo se conforman con ella como buenos hijos que en todo procuran ser semejantes á su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere ó no quiere (2).

Este es uno de los puntos mas espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegare á tomar todas las cosas que le sucedieren, asi grandes como pequeñas, como venidas de la mano de Dios, y á conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraíso en la tierra: “Se ha hecho su lugar pacífico y su habitacion es en Sión (3).” Este tal, dice San Bernardo (4), podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sábio: “En todas estas cosas busqué el descanso y habitaré en la heredad del Señor (5);” porque ha hallado el verdadero descanso y el gozo lleno y cumplido que nadie se le podrá quitar; segun aquello: “Será vuestro gozo lleno, y vuestro gozo ninguno os lo quitará (6).” ¡Oh!

(1) Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. V, 9.
(2) Aug. lib. 1 de serm. Domini in monte, cap. 8, Matth. V, 9.
(3) Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion. Ps. LXXV, 3.
(4) Bernard. in sententiis.
(5) In his omnibus requiem quaesivi, et in hereditate Domini morabor. Eccl. XXIV, 11.
(6) Ut gaudium vestrum sit plenum. Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis. Joann. XVI, 22 et 24.

¡si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya y nuestro contento el suyo! ¡Que no tenga yo, Señor, otro querer ni no querer, sino lo que vos quereis ó no quereis, y que ese sea mi consuelo en todas las cosas! “A mí me es muy bueno juntarme á Dios y poner en el Señor Dios mi esperanza (1).” ¡Oh! ¡cuán bueno sería para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh! ¡qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre tan unidos con él que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: “Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajeren á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón y permanecer pacífico en Dios (2).”



CAPITULO V.

Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpétua, porque como están asidos á aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad, y así están siempre firmes é inmutables y en un mismo ser; pero los que están asidos á las cosas del mundo y tienen puesto su corazón y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni durable, porque andan con las cosas y dependen de ellas, y así están sujetos á las mudanzas de ellas. El glorioso San Agustín declara esto muy bien

(1) Mihi autem adhaerere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam. Ps. LXXII, 28.
 (2) Thomas de Kempis, lib. 1 de Contemp Mundi, cap. 3.

sobre aquello del Profeta: “Concebió dolor y dió á luz iniquidad (1);” y dice: “tened por cierto que mientras no pusiéredes vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estareis con pena y sobresalto (2).”

De nuestro P. San Francisco de Borja leemos (3) que cuando llegó á Granada con el cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror á los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que tocándole Dios el corazón con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: “Yo os ofrezco, Dios mio, de no servir mas á señor que se me pueda morir.” Pues tomemos nosotros esta resolución: “Yo propongo, Señor, de no poner de aquí en adelante mi corazón en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad;” porque de otra manera no podremos tener contento verdadero.

Cuando amamos, dice San Agustín (4), aquello que pueden quitarnos contra nuestra voluntad, es preciso que padezcamos mucho si se nos quita; porque si teneis puesto vuestro amor y afición en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, claro está que cuando os lo quiten lo habeis de sentir. Esa es cosa natural: no se deja sin dolor lo que se posee con amor; y cuanto mayor fuere el amor, tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: “El que quiere darse

(1) Conceptit dolorem et peperit iniquitatem. Ps. VII, v. 15.
 (2) Non enim poterit labor finire, nisi hoc quisque diligat, quod invito non possit auferri. Aug. Ib.
 (3) Lib. 1, cap. 7, vitae P. F. de Borja.
 (4) Nam cum ea diliguntur, quae possumus contra voluntatem amittere, necesse est ut pro iis miserime laboremus. August. tract. 24.

gusto estará triste (1).” Si poneis vuestro contento en tal oficio, ó en tal ocupacion, ó en estar en tal lugar, ó en otra cosa semejante, este contento fácilmente os le podrá quitar el superior, y así nunca vivireis contento. Si poneis vuestro contento en las cosas, ó en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas múdase fácilmente; y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudais: porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta. Sino, vedlo en aquel pueblo de Israel que, en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar; y en viéndose libres, luego tornaron á desear la sujecion, y suspiraban por Egipto y por los ajos y cebollas que allá comian, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca tendreis contento si le poneis en esas cosas. “Empero el que pusiere todo su contento en Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad, ese siempre vivirá contento, porque Dios es sempiterno, nunca se muda, siempre permanece en un ser (2).” Pues, dice el Santo: “¿quereis tener un gozo y un contento perpétuo y sempiterno? Poned vuestro corazón en Dios que es sempiterno.”

El Espiritu Santo pone esta diferencia entre el hombre necio y el hombre sábio y santo: “El necio se muda como la luna; mas el hombre santo, con su sabiduría, dura como el sol (3).” El necio múdase como la luna, hoy creciente y mañana menguante; hoy le vereis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro, porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo, mudables y perecederas; y así anda

(1) Qui vult gaudere de se, tristis erit. August. tract. 24, super Joann.
 (2) Qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudebit, quia Deus sempiternus est.—Vis habere gaudium sempiternum? adhaere illi, qui sempiternus est. Aug. loc. cit.
 (3) Stultus sicut luna mutatur, homo sanctus in sapientia manet sicut sol. Eccl. XXVII, 12.
 B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

al son de ellas, y múdase conforme al suceso de ellas; anda con la luna, como la mar, es lunático. Pero el justo y santo permanece como el sol, siempre de una misma manera y en un mismo ser, no hay en él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y contento, porque tiene puesto su contenido en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo abad que llamaban Deicola, se dice que siempre se andaba riendo. Y preguntándole por qué, decia: “sea lo que fuere, y venga lo que viniere, que nadie me puede quitar á Dios (1).” Este habia hallado el verdadero contenido, porque le habia puesto en lo que no podia faltar, ni nadie le podia quitar. Pues hagámoslo nosotros así. “Alegraos, justos, en el Señor (2),” dice la Escritura, y sobre estas palabras dice San Basilio: “Advertid, que no dice el Profeta que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que teneis mucha habilidad, ó grandes letras y talentos; ni en que teneis mucha salud y muchas fuerzas corporales; ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres; sino que os alegréis en el Señor, que pongais todo vuestro contenido en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad; porque eso solo es lo que harta, y todo lo demas no puede satisfacer ni dar verdadero contenido.”

San Bernardo, en un sermón que hace sobre aquellas palabras de San Pedro: “Nosotros hemos dejado todas las cosas,” va declarando y probando esto muy bien. Dice: “Todas las demas cosas, fuera de Dios, pueden ocupar el alma y el corazón del

(1) Christum a me tollere nemo potest. Abb. Deicola.
 (2) Exultate justi in Domino. Ps. XXII, 1.

hombre, pero no le pueden hartar (1); pueden provocar é incitar la hambre, pero no la pueden matar; "como el avariento, dice el Sábio (2), tiene mucha hambre de dineros, pero por mas que tenga, no se hartará;" y asi es de todas las demas cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma. Y da la razon de esto San Bernardo: ¿Sabeis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no nos pueden hartar? «Porque no son manjar natural, ni proporcionado del alma (3).» Asi como el aire y el viento no es manjar natural, ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríades si viédeses á un hombre que está muerto de hambre, ponerse abierta la boca al aire; como camaleon, pensando que con aquello se habia de hartar y sustentar, y le tendríades por loco; asi no es menor locura, dice el Santo, pensar que el ánima racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. «Hincharse puede,» como el otro con el aire; «pero hartarse es imposible,» porque no es ese su manjar (4). Dadle á cada uno sustento proporcionado; al cuerpo, manjar corporal; y al espíritu, espiritual. «El pan del alma, su manjar natural y proporcionado, es la justicia y la virtud; y asi, solamente los que tienen hambre y sed de esa justicia, serán bienaventurados, porque esos serán hartos (5).»

El Bienaventurado San Agustin, declarando mas esta razon en los Soliloquios, hablando del ánima racional, dice: «Hicistes, Señor, al alma racional capaz de vuestra Magestad; de tal manera, que ninguna

(1) Anima rationalis cacteris omnibus occupari potest, repleti omnino non potest. Bernard. in Matth. XIX, 27.

(2) Avarus non implebitur pecunia. Eccles. V, 9.

(3) Quia non sunt naturales cibi animae. Bernard. tract. de dilig. Deo, c. 3, in fine.

(4) Inflari potest, satiari non potest. Ib.

(5) Panis namque animae justitia est, et soli beati, qui esuriunt illum; quoniam ipsi saturabuntur. Bernard. sup. illa verba Ecce nos reliquimus omnia.

otra cosa la pueda satisfacer ni hartar sino vos (1).» Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho á la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongais alli viene bien ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa á cuya medida se hizo; y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra ánima fué criada á imágen y semejanza de la Santísima Trinidad, con un vacío y un hueco y encaje en nuestro corazon capaz de Dios y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios, y asi es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar este vacío sino el mismo Dios. Todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «Hicistesnos, Señor, para vos, y asi no se puede quietar ni sosegar nuestro corazon, ni tener descanso sino en vos (2).»

Es muy buena comparacion, y que declara esto bien, aquella comun que se suele traer del aguja del relojico de sol. La naturaleza de esta aguja, despues de tocada con la piedra imán, es mirar al Norte: porque Dios le dió esta natural inclinacion, y vereis qué desasosiego tiene aquella aguja y qué de veces se vuelve y se revuelve hasta que endereza la punta al Norte, y esto hecho, luego pára. Pues de esta manera crió Dios al hombre con esta natural inclinacion y respecto á él, como á su norte y último fin; y asi, mientras no pusiéremos nuestro corazon en Dios, siempre estaremos como aquella aguja, inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven que mire aquella aguja, no sosiega; y en mirando á un punto del cielo que no se mueve, queda fija é inmóvil. Asi, mientras pusiéredes los ojos y el corazon en las cosas del mun-

(1) Facta est capax majestatis tuae, ut a te solo, et a nullo alio possit impleri. August., c. 30, Solit.

(2) Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. August., lib. 1. Confes. c. 1.

En que se declara por otra via, cómo el conformar no con la voluntad de Dios es medio para tener contentos

do, mudables y perecederas, no podreis tener sosiego ni contento: ponedlo en Dios, y tendréisle.

Esto nos habia de mover mucho á buscar á Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés, porque todos deseamos tener contento. Dice San Agustin: «Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso, y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; pero todo el acierto ó engaño de los hombres está en acertar á poner los ojos y el corazon en el verdadero contenido ó en el aparente ó falso (1).» El avariento, el lujurioso, el soberbio, el ambicioso y el gloton, todos desean tener contento, sino que el uno pone su contenido en tener muchas riquezas, el otro en tener muchas honras y dignidades, el otro en comer y banquetear, el otro en sus deleites deshonestos. No acertaron á poner su contenido en lo que le habian de poner, y asi nunca lo hallarán; porque todas esas cosas, y todo cuanto hay en el mundo, no basta para hartar el alma, ni para darle contenido; y asi dice el Santo: «¿Para qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? Si quieres tener hartura y contenido, ama á Dios, y eso basta, porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazon (2).» «Bendice, ánima mia, al Señor, que llena de bienes tus deseos (3).» Bendito y alabado y glorificado sea él por ello para siempre jamás. Amen.

(1) Scimus, fratres, quod omnis homo gaudere desiderat, sed non omnes ibi quaerunt gaudium, ubi oportet inquiri. Aug. serm. 30 de Sanct.

(2) Quid ergo per multa vagaris, homuntio, quaerendo bona animae tuae, et corporis tui? Ama unum bonum in quo sunt omnia bona, et sufficit; desiderans simplex bonum quod est omne bonum, et satis est. Aug. de spiritu et anima, c. 64.

(3) Benedic anima mea Domino, qui replet in bonis desiderium tuum. Psalm. CII, 5.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras del Salvador: «Cualquiera cosa que pidiéredes á mi Padre en mi nombre, os la concederé (1),» dice que no ha uno de buscar paz y quietud por via de hacer su voluntad y de alcanzar lo que apetece, porque no, es eso bueno ni lo que le conviene, antes por ventura será eso malo para él, sino allanándose en lo bueno ó mejor que Dios le ofreciere, y eso es lo que ha de pedir á Dios (2). Si no hallais gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habeis de pedir y suplicar á Dios, no que os conceda lo que vos quereis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene; y trae á este propósito aquello de los Números (3), cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del cielo que Dios les enviaba y desearon carne. Cumplióles Dios su deseo, pero muy á costa suya, porque castigólos Dios haciendo una grande matanza en ellos (4). Claro está que era mejor el maná del cielo que Dios les enviaba que la carne que ellos pedian y las cebollas y ajos de Egipto por que ellos suspiraban; asi no habian de pedir á Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar para que les supiese bien el manjar del cielo y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues en el maná tenian

(1) Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam. Joann. XIV, 13.

(2) Quando enim nos delectant mala, et non delectant bona, rogare debemus potius Deum, ut delectentur bona, quam ut concedantur mala. Aug. trat. 73, super Joann.

(3) Num. XI, 4.

(4) Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos, et occidit pingues eorum, et electos Israel impedivit. Ps. LXXVII, 39.